

amigos, y sentía entre ellos y él como un gran fosoleno desombra que les separaba. Les había alargado la mano, sin embargo, y no habían correspondido á la franqueza de su corazón. Se acordó de las palabras de Pellerin y de Dussardier, respecto de Arnoux. Era una calumnia, una invención, sin duda ¿pero por qué? Y vió á la señora de Arnoux arruinada, llorando, vendiendo sus muebles. Aquella idea le atormentó toda la noche; al día siguiente se presentó en su casa.

No sabiendo cómo comunicar lo que sabía, le preguntó, en forma de conversación, si Arnoux tenía aún sus terrenos de Belleville.

—Sí, siempre.

—Creo que anda ahora en una compañía para Kaolin de Bretaña.

—Es verdad.

—Su fábrica marcha muy bien, ¿no es cierto?

—Pues... lo supongo.

Y como él vacilara, añadió:

—¿Qué tiene usted? me da usted miedo.

Él le contó la historia de las renovaciones. Bajó ella la cabeza, y dijo:

—Lo sospechaba.

Con efecto, Arnoux, para hacer una buena especulación, había rehusado vender sus terrenos, había tomado sobre ellos mucho, y no encontrando adquirentes, había creído arreglarse

estableciendo una manufactura. Los gastos habían excedido á los cálculos. Ella no sabía más de esto, porque Arnoux eludía todas las preguntas y afirmaba constantemente que aquello iba muy bien.

Federico trató de tranquilizarla; tal vez serían dificultades momentáneas; por lo demás, si él averiguaba algo, se lo diría.

—¡Oh! sí ¿no es verdad? —dijo ella juntando ambas manos con un aire de súplica encantador.

Podía, pues, serle útil: entraba ya en su existencia, en su corazón.

Arnoux se presentó.

—Es usted muy amable viniendo á buscarme para comer.

Federico permaneció mudo. Arnoux habló de cosas indiferentes; después advirtió á su mujer que volvería muy tarde, porque tenía una cita con el Sr. Oudry.

—¿En su casa?

—Seguramente; en su casa.

Confesó al bajar la escalera, que encontrándose libre la Mariscala, iban á hacer una linda partida al Molino Rojo; y como necesitaba siempre alguno que recibiera sus expansiones, se hizo acompañar de Federico hasta la puerta.

En lugar de entrar, se paseó por la acera.



mirando á las ventanas del piso segundo. De repente las cortinas se abrieron.

—¡Bravo! el tío Oudry ya no está. Buenas noches.

Luego era el tío Oudry quien la mantenía. Federico no sabía qué pensar ahora.

A partir de aquel día, Arnoux estuvo aún más cordial que antes; le convidaba á comer en casa de su amante, y muy pronto Federico penetró á la vez en ambas casas.

La de Rosanette le divertía. Iban allí por la noche al salir del club ó del teatro; tomaban una taza de té, jugaban una partida de lotería; los domingos se hacían charadas; Rosanette más turbulenta que las demás, se distinguía por sus invenciones chuscas, como correr á cuatro patas ó encajarse un gorro de algodón. Para mirar á los transeúntes por la ventana, tenía un sombrero especial; fumaba en pipa, cantaba tirolitas. Por la tarde, por entretenerse, cortaba flores en un pedazo de tela persa, las pegaba ella misma en sus cristales; llenaba de menjurjes á sus dos perrillos, hacía quemar pastillas, ó se echaba la buenaventura. Incapaz de resistir á su deseo, se encaprichaba por un cacharro que había visto, no dormía, corría á comprarlo, lo cambiaba por otro y malvendía las telas, perdía sus alhajas, despilfarraba el dinero, hubiera vendido su camisa por un palco de pros-

cenio. Muchas veces preguntaba á Federico la explicación de una palabra que había leído, pero no oía la respuesta, porque saltaba en el acto á otra idea, multiplicando las preguntas. Después de espasmos de alegría, tenía cóleras infantiles; ó soñaba, sentada en el suelo, delante del fuego, con la cabeza baja y la rodilla entre ambas manos, más inerte que una culebra adormecida. Sin darle importancia, se vestía delante de él, estiraba despacio sus medias de seda, después se lavaba con mucha agua la cara, doblando la cintura como una naiade que se extremece; y la risa de sus blancos dientes, las chispas de sus ojos, su belleza, su alegría, deslumbraban á Federico, azotándole sus nervios.

Casi siempre, encontraba á la señora de Arnoux enseñando á leer á su chiquillo, ó detrás de la silla de Marta, que solfeaba al piano; cuando trabajaba en una obra de costura, era para él gran dicha, recoger algunas veces sus tijeras. Todos sus movimientos eran de una tranquila majestad: sus manos pequeñas parecían hechas para derramar limosnas, para enjugar lágrimas, y su voz, un tanto opaca, naturalmente, tenía entonaciones cariñosas y como el soplo de lijera brisa.

No se exaltaba por la literatura, pero su espíritu encantaba por palabras sencillas y pene-



trantes; gustaba de los viajes, del ruido del viento en los bosques, y de pasearse con la cabeza descubierta en los días de lluvia. Federico escuchaba aquellas cosas deliciosamente, creyendo ver que empezaba en ella un cierto abandono de sí misma.

El trato de aquellas dos mujeres sonaba en su vida como á manera de dos músicas: la una alegre, ardiente, divertida; la otra grave y casi religiosa; y vibrando á la vez, iban aumentando y mezclándose poco á poco. Porque si la señora de Arnoux le rozaba tan solo con un dedo, la imagen de la otra, inmediatamente se presentaba á su deseo, por que de este lado era menos lejana la esperanza; y cuando al lado de Rosanette, llegaba su corazón á conmoverse, se acordaba de su gran amor.

Aquella confusión estaba provocada por similitudes entre los dos interiores. Uno de los cofres que veía antes en el bulevar Montmartre adornaba al presente el comedor de Rosanette, el otro, el salón de la señora de Arnoux. En las dos casas los servicios de mesa eran parecidos, y hasta se encontraba la misma gorra de terciopelo andando por las butacas; después, una multitud de regalos, de pantallas, de cajas, de abanicos, iban y venían de casa de la amante á casa de la esposa, porque sin la menor dificultad, Arnoux muchas veces le recojía á la una lo

que le había dado, para ofrecérselo á la otra.

La Mariscala se reía con Federico de sus malas maneras. Un domingo [después de comer, le llevó detrás de la puerta, y le enseñó en su paletot un papel de pasteles, que acababa de escamotear en la mesa, para regalárselos, sin duda, á sus chiquillos; Arnoux se entregaba á travesuras rayanas á la indecencia. Era para él un deber defraudar los consumos, jamás iba al teatro pagando, con un billete inferior pretendía ocupar un puesto superior, y contaba como excelente farsa, que tenía costumbre en los baños fríos, de echar en la hucha del mozo un botón de calzoncillos en vez de una pieza de diez céntimos. A pesar de todas estas cosas le amaba la Mariscala

Un día, sin embargo, dijo á Federico hablándole de Arnoux.

—Me fastidia al fin; ya tengo bastante; tanto peor para él; ya encontraré otro.

Federico creía que ya había encontrado el otro, y que se llamaba Oudry.

—Bueno—dijo Rosanette—y eso que importa.

Después, añadió con lágrimas en la voz:

—Le pido bien poca cosa, sin embargo, y no quiere el animal, y no quiere. En punto á promesas, ya es distinto.

Hasta le había prometido la cuarta parte



de los beneficios en las famosas minas de Kaolin; pero ningún beneficio parecía, como tampoco la cachemira con que hacía seis meses la entretenía.

Federico pensó inmediatamente en regalársela; pero Arnoux podría tomarlo como una lección y enfadarse. Y con todo, era bueno, su misma mujer lo decía; ¡pero tan loco!

En vez de llevar todos los días gente á comer á su casa, llevaba á sus conocimientos al restaurant; compraba cosas completamente inútiles, como cadenas de oro, relojes, artículos de menaje. La señora de Arnoux hasta le enseñó á Federico, en el corredor, una enorme provisión de ollas, cafeteras y teteras. Por fin, un día, le confesó sus inquietudes: Arnoux le había hecho firmar un pagaré suscrito á la orden del Sr. Dambreuse.

A todo esto, Federico conservaba sus proyectos literarios, por una especie de punto de honor respecto de sí mismo. Quiso escribir una historia de la estética, resultado de sus conversaciones con Pellerin; después poner en dramas diferentes épocas de la Revolución francesa y componer una gran comedia al influjo indirecto de Deslauriers y Hussonnet. En medio de su trabajo, muchas veces el rostro de la una ó de la otra pasaba por delante; luchaba contra el deseo de verlos, no tardaba en

ceder y se sentía más triste al volver de casa de la señora de Arnoux.

Una mañana que rumiaba su melancolía al rincón del fuego, entró Deslauriers. Los discursos incendiarios de Sénécal habían inquietado á su principal, y una vez más se encontraba sin recursos.

—¿Qué quieres tú que yo le haga?—dijo Federico.

—Nada; no tienes dinero, ya lo sé; ¿pero te molestaría buscarle una plaza por conducto del Sr. Dambreuse ó de Arnoux?

Este debía necesitar ingenieros para su establecimiento. Federico tuvo una inspiración: Sénécal podría advertirle las ausencias del marido, llevar cartas, ayudarle en mil ocasiones que se presentarían. De hombre á hombre se cambian siempre esos servicios. Además él encontraría medio de emplearle sin que se apercibiera de ello. La casualidad le ofreció un auxiliar, aquello era de buen augurio; preciso era recojerlo; y afectando indiferencia, contestó que la cosa quizás sería factible y que se ocuparía de ella.

Y se ocupó inmediatamente. Arnoux trabajaba mucho en su fábrica buscaba el rojo bronceado de los chinos; pero sus colores se volatilizaban por la cocción. Para cortar las grietas de sus barro, mudaba cal á la arcilla; pero las



piezas se rompían en su mayoría, el esmalte de sus pinturas, sobre crudo, hervían, sus grandes placas se arrufaban y atribuyendo esos fracasos á los malos utensilios de su fábrica, quería encargarse otros molinos de pulverizar, otras secadoras. Federico recordó algunas de estas cosas, y le preguntó sobre ellas, anunciándole que había encontrado un hombre muy útil, capaz de encontrar su famoso rojo. Arnoux dió un salto; después, habiéndole oído, contestó que no necesitaba á nadie.

Federico exaltó los prodigiosos conocimientos de Sénecal, á la vez ingeniero, químico y contable; un matemático de primera fuerza.

El fabricante consintió verle. Ambos disputaron acerca de los emolumentos. Federico se interpuso y llegó, al fin de la semana, á ponerles de acuerdo.

Pero como la fábrica estaba situada en Creil, Sénecal no podía ayudarle en nada. Aquella reflexión tan sencilla, abatió su ánimo como una desventura.

Pensó que cuanto más desligado estuviese Arnoux de su mujer, mayores probabilidades tendría él cerca de ella. Entonces se puso á hacer la apología de Rosanette constantemente; le echó en cara sus faltas para con ella, contó las vagas amenazas de días pasados, y

hasta habló de la cachemira, sin callarse que ella le tachaba de avaricia.

Arnoux, picado por la palabra (y concibiendo, además, inquietudes) llevó la cachemira á Rosanette, pero riñéndola por haberse quejado á Federico; como ella le dijera que le había recordado cien veces la promesa, pretendió demostrar que se le había olvidado con sus muchas ocupaciones.

Al día siguiente se presentó Federico en casa de ella; aunque eran las dos, la Mariscala estaba aún acostada; y á su cabecera, Delmar instalado delante de un velador, acababa un trozo de gran efecto. Desde lejos gritó ella:

—La tengo, la tengo.

Y después, cogiéndole por las orejas, le besó en la frente, le dió muchas gracias, le tuteó, hasta quiso hacerle acostar en su cama. Sus lucidos y tiernos ojos brillaban, su húmeda boca sonreía, sus dos brazos redondos salían de su camisa sin mangas, y de cuando en cuando sentía él, á través de la batista, los fuertes contornos de su cuerpo. Delmar, durante ese tiempo, movía sus pupilas.

—Pero verdaderamente, amiga mía, querida amiga mía...

Lo mismo sucedió las veces siguientes. En cuánto entraba Federico, se ponía de pie sobre su cojín para que la besara mejor, le lla-



maba monín, querido, ponía flores en su ojal, arreglaba su corbata. Aquellas graciosas atenciones aumentaban siempre que Delmar estaba presente.

¿Eran preludios? Así lo creyó Federico. En cuanto á lo de engañar á un amigo, Arnoux en su lugar no se violentaría, y tenía el derecho de no ser virtuoso con su amante, habiéndolo sido siempre con su mujer; porque creía haberlo sido, ó más bien hubiera querido creerlo para fortificar su prodigiosa cobardía. Encontróse estúpido, sin embargo, y resolvió tratar á la Mariscala abiertamente.

Así, pues, una tarde, al bajarse delante de su cómoda, se aproximó á ella y hubo algo de elocuencia, tan poco ambigua que se levantó inmediatamente enteramente roja. Volvió él, y entonces se deshizo ella en lágrimas, diciendo que era muy desgraciada y que no era esto una razón para que la despreciaran. Reiteró sus tentativas; tomó ella entonces diverso camino, que fué el de reirse siempre; creyó él malicioso usar el mismo tono exajerándolo; pero se mostraba demasiado alegre para que fuera sincero, y este juego de camaradas era un obstáculo á la manifestación de toda emoción seria. Por fin, otro día, le contestó que no aceptaba los restos de otra.

—¿Qué otra?

—Pues sí; vete á buscar á la señora de Arnoux.

Porque Federico hablaba de ella muy á menudo; Arnoux, por su parte, tenía la misma manía, y Rosanette acabó por impacientarse de oír siempre elogiar á aquella mujer, y su imputación venía á ser una especie de venganza. Federico le guardó rencor por ella.

Empezaba además á molestarle mucho. A veces, dándola de experimentada, maldecía del amor con una risa excéptica, que producía comezones y hasta guantadas. Un cuarto de hora más tarde, era aquello la única cosa que había en el mundo, y cruzando sus brazos sobre el pecho, como para estrechar á alguno, murmuraba: «¡Sí, es bueno; es tan bueno!» los párpados entrecerrados y casi espasmodiada de embriaguez. Imposible era conocerla; saber, por ejemplo, si amaba á Arnoux, porque se burlaba de él y parecía tener celos. Otro tanto acontecía respecto de la Vatnaz, á quien llamaba miserable, y otras veces su mejor amiga. Tenía, en fin, en toda su persona y hasta en el torcido de su moño algo de inexpresable, que parecía un reto; y Federico la deseaba, sobre todo, por el placer de vencerla y dominarla.

¿Cómo hacer? porque muchas veces le despedía sin ninguna ceremonia, presentándose un minuto entre puertas para cuchichear:



—Estoy ocupada; hasta la noche.

O la encontraba en medio de doce personas; y cuando estaban solos, parecía cosa de apuesta, tales eran los obstáculos que se sucedían.

Convidábala á comer, pero rehusaba siempre; una vez aceptó, mas no fué.

Una idea maquiavélica surgió en su cerebro. Conociendo por Dussardier las recriminaciones de Pellerin á su respecto, imaginó encargarle el retrato de la Mariscala, un retrato de tamaño natural, que exigiría muchas sesiones; no faltaría ni á una, y la acostumbrada inexactitud del artista facilitaría sus conferencias. Invitó, pues, á Rosanette á que se dejara pintar, para ofrecer sus facciones á su querido Arnoux. Aceptó, porque se veía en medio del gran salón, en el sitio de honor, con una multitud de gente delante, y los periódicos hablarían de ella, con lo que «se lanzaría» de repente.

En cuanto á Pellerin, acogió la proposición ávidamente; porque aquel retrato le distinguiría como un grande hombre, y sería una cosa maestra.

Pasó revista en su memoria á todos los retratos de maestro que conocía, y al fin se decidió por un Ticiano, que realzaría con adornos á la veneciana. Ejecutaría su pensamiento sin sombras ficticias, en una luz franca, iluminando

las carnes de un solo tono, y haciendo brillar los accesorios.

—¡Si le pusiera—pensaba—un traje de seda rosa con un albornoz oriental! No; el albornoz resulta canalla. Si la vistiera mejor de terciopelo azul, sobre un fondo gris, muy coloreado! Pudiera colocársela también una gola de *guipou-re* blanco, con un abanico negro y una cortina escarlata detrás.

Y buscando así, ampliaba todos los días su concepción maravillándose de ella.

Palpitó el corazón cuando Rosanette acompañada de Federico, llegó á su casa para la primera sesión. La colocó de pié, en una especie de estrado, en medio de la habitación; y quejándose del día y echando de menos su antiguo taller, hizo primero que apoyara el codo sobre un pedestal, después que se sentara en un sillón, y alternativamente se alejaba y aproximaba á ella para corregir de un capirotazo los pliegues del traje, la mirada con los ojos medio cerrados y consultaba á Federico con una palabra.

—Pues bien, no—exclamó—Vuelvo á mi primitiva idea. La visto á usted de veneciana.

Tendría un traje de terciopelo punzó con un cinturón de platería, y su ancha manga dejaría ver su brazo desnudo apoyado en la balaustrada de una escalera colocada detrás de ella.



A su izquierda, una gran columna llegaría hasta el límite del lienzo á unirse allí con arquitecturas, describiendo un arco. Veríanse abajo, vagamente, macisos de naranjos casi negros, cortando un cielo azul rayado de nubes blancas.

En la balaustrada cubierta por un tapiz, habría un plato de plata, con un ramo de flores, un rosario de ambar, un puñal y un cofrecillo de marfil antiguo algo amarillento de donde rebotarían zequines de oro, hasta algunos en el suelo, caídos acá y allá, formarían brillantes salpicaduras, de modo que llevaran la vista á la punta del pié; porque estaría colocada en el penúltimo escalón, con un movimiento natural y en plena luz.

Fué á buscar una caja de cuadros que puso sobre el estrado para afianzar el escalón; después dispuso como accesorios sobre un taburete á guisa de balaustrada, su chaqueta, un escudo, una caja de sardinas, un paquete de plumas, un cuchillo, y cuando hubo arrojado ante Rosanette una docena de piezas, la hizo tomar postura.

—Figúrese usted que estas cosas son riquezas, espléndidos presentes. La cabeza irá poco á la derecha. Perfectamente; y no se mueva usted ya. Esa actitud majestuosa sienta bien á su género de belleza.

Llevaba un traje escocés con un gran manguito, y se contenía para no reirse.

—En cuanto al peinado, pondremos entre los cabellos un hilo de perlas; eso hace siempre buen efecto en los cabellos rojos.

La Mariscala protestó diciendo que ella no tenía el pelo rojo.

—¡Calle usted! El rojo de los pintores no es el de los profanos.

Y empezó á bosquejar la posición de las masas; tan preocupado se hallaba con los grandes artistas del Renacimiento, que hablaba de ellos. Durante una hora soñó en voz alta con aquellas existencias magníficas, llenas de génio, de gloria y de suntuosidades con entradas triunfales en las ciudades, galas á la luz de las antorchas, entre mujeres medio desnudas, bellas como dioses.

—Usted estaba hecha para vivir en aquel tiempo. Una criatura de ese calibre habría merecido un monseñor.

Rosanette encontraba muy delicados aquellos cumplidos. Fijóse el día de la sesión próxima; y Federico se encargó de llevar los accesorios.

Como el calor de la estufa la había aturrido un poco, se volvieron á pié por la calle del Bac y llegaron al puente Real. Hacía un tiempo hermoso, crudo y espléndido. El sol se po-



nía; algunos vidrios de las casas en la Cité, brillaban de léjos como planchas de oro, mientras que, por detrás, á la derecha, las torres de Nuestra Señora, se perfilaban negras en el cielo azul, blandamente bañado en el horizonte de vapores grises. El viento sopló, y Rosanette declaró que tenía hambre, por lo cual entraron en la pastelería inglesa.

Mujeres jóvenes, con sus niños, comían de pié en el *buffet* de mármol, en que se juntaban, bajo campanas de cristal, los platos de pasteillos; Rosanette se comió dos tartas á la crema; su azucar en polvo le hacía bigote en los extremos de su boca. De cuando en cuando, para limpiarlos, sacaba su pañuelo del manguito, y su figura parecía, bajo su capota de seda verde, á una rosa abierta entre sus hojas.

Se volvieron á poner en marcha; en la calle de la Paix se detuvo delante de una platería contemplando un brazalet; Federico quiso regalársele.

—No—dijo:—guarda tu dinero.

La frase le ofendió.

—¿Qué tiene la mim? ¿estamos tristes?

Y reanudando la conversación, llegó, como de costumbre, á protestas de amor.

—Bien sabes tú que eso es imposible.

—¿Por qué?

—Porque...

Iban juntos, ella apoyada en su brazo y los volantes de su traje le daban en las piernas. Entonces recordó un crepúsculo de invierno, en que sobre la misma acera, llevaba á su lado también á la señora de Arnoux, y aquel recuerdo le absorbió de tal modo que ya no se apercibía de Rosanette, ni pensaba en ella si quiera.

Miraba ella á la ventana, enfrente de sí, dejándose casi arrastrar como niño perezoso. Era la hora en que se volvía de paseo, y los carruajes desfilaban al trote largo sobre el piso seco. Las lisonjas de Pellerin le volvieron sin duda á la memoria, y lanzó un suspiro.

—¡Ah! ¡Cuántas hay felices! Estoy hecha decididamente para un hombre rico.

Él contestó con tono brutal:

—Tenía usted uno, sin embargo, porque el Sr. Oudry pasaba por tres veces millonario.

Ella no deseaba más que verse libre de él.

—¿Quién se lo impide á usted?

Y exhaló amargas burlas acerca de aquel viejo burgués de peluca, demostrándola que semejante unión era indigna y que debía romperla.

—Sí—contestó la Mariscala como hablándose á sí misma.—Es lo que acabaré por hacer, indudablemente.

Federico quedó encantado por aquel des-



interés. Andaba ella más despacio; él la creyó cansada; obstinóse ella en no querer coche y le despidió delante de su puerta, enviándole un beso con la punta de los dedos.

—¡Ah, qué fastidio! ¡y pensar que hay imbéciles que me consideran rico!

Y al llegar á su casa iba sombrío. Hussonnet y Deslauriers le esperaban. El bohemio, sentado delante de su mesa, dibujaba cabezas de turco, y el abogado, con las botas llenas de cascarrias, dormitaba en un diván.

—¡Al fin!—exclamó—¡Pero qué aire tan feroz! ¿Puedes oirme?

Su voga como pasante disminuía, porque enseñaba á sus discipulos teorías desfavorables para sus exámenes. Había pleiteado dos ó tres veces y había perdido, y cada nueva decepción le impulsaba más y más hacia su antiguo sueño; un periódico donde pudiera desarrollar sus ideas, vengarse, escupir su bilis. Fortuna y reputación, además, llegarían. En esta esperanza había enredado al behemio Hussonnet que poseía una hoja.

Al presente salía en papel color de rosa; inventaba *canards*, componía geroglíficos, intentaba entablar polémicas, y hasta (á despecho del local) quería montar conciertos. La suscripción de un año daba derecho á un sitio de orquesta en uno de los principales teatros de Pa-

rís; además, la administración se encargaba de suministrar á los señores extranjeros todas las noticias apetecibles, artísticas y de otra clase. Pero el impresor amenazaba, se debían tres plazos al propietario, surgían toda especie de dificultades, y Hussonnet habría dejado morir al *Arte* sin las exhortaciones del abogado, que le predicaba cuotidianamente. Le había llevado allí para dar más peso á sus gestiones.

—Venimos por lo del periódico—dijo.

—¡Calla! ¿todavía piensas en eso?—contestó Federico con aire distraído.

—Ciertamente que pienso en ello.

Y expuso de nuevo su plan. Por las noticias de Bolsa, se pondrían en relaciones con los financieros, y obtendrían así las cien mil pesetas de fianza indispensables. Pero para que la hoja pudiera transformarse en periódico político, era preciso antes tener una gran suscripción, y para esto, resolverse á algunos gastos, tanto para el papel, imprenta, oficina; en resumen, una suma de quince mil pesetas.

—No tengo fondos—dijo Federico.

—¿Y nosotros pues?—contestó Deslauriers cruzándose de brazos.

Federico, ofendido del gesto, añadió:

—¿Es culpa mía?...

—Muy bien. Ellos tienen leña en su chimenea, trufas en su mesa, una buena cama, una



biblioteca, un carruaje, todas las dulzuras. Pero que otro triste bajo las tejas, coma á una peseta, trabaje como un forzado, y patalee en la miseria ¿es culpa suya?

Y repetía: «¿Es culpa suya?» con una ironía ciceroniana que olía á tribunales. Federico quería hablar.

—Además, ya comprendo, se tienen ciertas necesidades... aristocráticas; porque sin duda... alguna mujer...

—Y bien, aun cuando eso fuera, ¿no soy libre?...

—¡Oh! muy libre.—Y después de un minuto de silencio, añadió:

—¡Es tan cómodo prometer!

—¡Dios mío! no niego haber prometido—contestó Federico.

El abogado continuó:

—En el colegio, se hacen juramentos; se constituirá una falange; se imitará á *los Trece* de de Balzac. Después, cuando nos encontremos, «buenas noches, antiguo amigo; vete á paseo» porque aquel que pudiera servir al otro, retiene precisamente todo para sí propio.

—¿Cómo?

—Sí; tú ni aún nos has presentado en casa de los Dambreuse.

Federico le miró; con su pobre levita, sus gafas deslucidas y su pálida fisonomía, el abo-

gado le pareció tan galopín, que no pudo evitarse una sonrisa desdeñosa. Deslauriers la recogió y se puso encarnado.

Tenía ya su sombrero en la mano para irse, cuando Hussonet, lleno de inquietud, trataba de dulcificarle por miradas suplicantes, y como Federico le volvía la espalda, le dijo:

—Vamos; sea usted mi Mecenaz; proteja usted las artes.

Federico, con un brusco movimiento de resignación, cogió una hoja de papel y después de garrapatusear en ella unas cuantas líneas, se la largó. Luego pasó la carta á Deslauriers, y le dijo:

—Discúlpese usted, señor.

Su amigo rogaba á su notario que le enviara lo más pronto posible, quince mil pesetas.

—¡Ah! te reconozco en eso—exclamó Deslauriers.

—Palabra de honor—añadió el bohemio—es usted un valiente, y le pondrán á usted en la galería de los hombres útiles.

El abogado agregó:

—No perderás nada en ello; la especulación es excelente!

—¡Pardiez — gritó Hussonet —pondría mi cabeza en la horca!

Y endilgó tantas tonterías y prometió tantas maravillas (en las que quizás creyera) que Fe-



derico no sabía si todo aquello lo hacía para burlarse de los otros ó de sí propio.

Aquella tarde recibió una carta de su madre. Admirábase de no verle aún ministro, bromeando sobre esto un poco. Después hablaba de su salud, y le manifestaba que el Sr. Roque iba ya á su casa «Desde que está viudo, he creído que no había inconveniente en recibirle. Luisa está muy cambiada favorablemente.» Y en postdata, añadía: «No me dices nada de tus excelentes relaciones con el Sr. Dambreuse; en tu lugar le utilizaría.»

¿Por qué no? Había abandonado sus ambiciones intelectuales, y su fortuna (lo veía) era insuficiente; porque pagadas sus deudas y entregada á los otros la suma convenida, su renta disminuiría en cuatro mil pesetas. Además, sentía la necesidad de salir de aquella existencia, de ocuparse de algo. Así, que al día siguiente, comiendo en casa de la señora de Arnoux, dijo que su madre le atormentaba para que abrazara una profesión.

—Pero yo creía— dijo ella—que el señor Dambreuse debía proporcionaros la entrada en el Consejo de Estado. Eso le sentaría á usted muy bien.

Ella lo quería; obedeció.

El banquero, como la primera vez, se hallaba sentado á su mesa de despacho, y con un

gesto le rogó esperase algunos minutos, porque un caballero, que daba la espalda á la puerta, le hablaba de asuntos graves. Se trataba de carbón de piedra, y de una fusión que realizar entre diversas Compañías.

Los retratos del general Foy y de Luis Felipe, formaban pareja á los lados del espejo; los estantes llegaban hasta los artesonados del techo, y había seis sillas de paja; que para sus negocios no necesitaba el Sr. Dambreuse habitación más elegante; era aquella, como esas oscuras cocinas donde se elaboran grandes festines. Federico observó sobre todo dos cofres monstruosos encajados en los rincones, y se preguntaba cuántos millones podrían contener. El banquero abrió uno, y la plancha de hierro giró, no dejando ver en el interior sino cuadernos de papel azul.

Por fin el individuo pasó por delante de Federico, era el tío Oudry. Ambos se saludaron ruborizándose, cosa que pareció admirar al Sr. Dambreuse. Por lo demás, se manifestó muy amable; nada más fácil que recomendar á su joven amigo al ministro, que se consideraría muy dichoso de tenerle en la Administración, y concluyó sus corteses atenciones invitándole á una tertulia que daba dentro de algunos días.

Federico subía en el cupé para ir á casa de ella,



cuando llegó una carta de la Mariscalá. A la luz de los faroles leyó:

«Querido: he seguido los consejos de usted. Acabo de expulsar á mi oso. A partir de mañana por la noche, ¡libertad! Diga usted que no soy valiente.»

Nada más; pero aquello era convidarle á la plaza vacante; lanzó una exclamación, guardó la carta en el bolsillo y partió.

Dos municipales de caballería estaban en la calle. Una fila de farolillos ardían á las dos puertas cocheras; y los criados, en el patio, gritaban para hacer adelantar los coches hasta la cuadra debajo de la marquesina. Después, de repente, el ruido cesaba en el vestíbulo.

Altos árboles llenaban la caja de la escalera interior; los globos de porcelana esparcían una luz que ondulaba como las aguas *moaré* y raso blanco y en las paredes.

Federico subió los escalones alegremente; un ujier pronunció su nombre: el Sr. Dambreuse le alargó la mano: casi al punto se presentó la señora.

Llevaba un traje malva guarnecido de encajes, los bucles de su peinado más numerosos que de costumbre, y sin una sola alhaja.

Quejábase ella de sus raras visitas, encontró el medio de decir algo. Llegaban los invitados; á modo de saludo, se inclinaban de

lado, ó se doblaban, ó bajaban la cabeza únicamente; luego una pareja conyugal, una familia, pasaba, y todos se dispersaban por el salón ya lleno.

Bajo la araña del centro, una otomana enorme sostenía una jardinera, cuyas flores inclinábanse como penachos sobre las cabezas de las mujeres, sentadas alrededor, mientras que otras ocupaban las butacas que formaban dos líneas rectas simétricamente interrumpidas por las altas cortinas de las ventanas de terciopelo nacarado y los huecos de las puertas de dinteles dorados.

Los hombres que estaban de pié, con su sombrero en la mano, formaban de lejos una sola masa negra, en que las cintas de los ojales señalaban puntos rojos acá y allá cuya masa hacía aún más sombría la monótona blancura de las corbatas. Excepto algunos jóvenes de barba naciente, todos parecían aburrirse; algunos petrimetros, con aire desgarbado se balanceaban sobre sus talones. Las cabezas grises, las pelucas, eran numerosas; de cuando en cuando relucía un cráneo calvo; y las fisonomías, ó de color de púrpura ó muy pálidas, demostraban en su quebranto la huella de inmensas fatigas, como pertenecientes las gentes aquellas á la política ó á los negocios. El Sr. Dambreuse había también invitado á muchos sábios, magis-